Reflexiones mínimas

Gabriela del Carmen González

♦♦♦

I

Qué difícil nos resulta a veces fluir al ritmo de la naturaleza; no nos hacemos a la idea de que somos minúsculos seres en la inmensidad de la creación.

Acontecimientos como el reciente sismo nos recuerdan las proporciones que existen entre la grandeza y magnificencia de la Tierra y nosotros.

Tal vez, necesitemos asumirnos como diminutas partes de la naturaleza y agradecer cada mañana la luz del sol, la frescura del aire y la tierra serena que Dios nos permite disfrutar.

II

Ese polvo, que se respira en el aire, cala profundamente, parece que penetra hasta el corazón. Ese polvo cargado con todos los recuerdos guardados por aquellas viejas construcciones, algunas fueron casas de familia, otras resguardaron una pequeña tienda de esquina, otras más en donde sucedieron acontecimientos importantes para muchas personas; todas ellas han desaparecido, pareciera que, de pronto, alguien se hizo cargo de borrarlas y sólo queda su espacio dolorosamente vacío.

Habremos de cuidar que los recuerdos permanezcan; la presencia del sismo en nuestra memoria se encargará de hacernos entender que lo más valioso que tenemos está en nuestro interior, donde nadie lo puede arrebatar, ni siquiera la naturaleza.

III

El dolor se respira, se pega a la piel y penetra por los ojos, pareciera que a muchas familias las desnudaron, después de un minuto de inquietud de la Madre Tierra, todo quedó expuesto sin permiso de nadie.

Un respeto profundo inspiran todas esas familias que quedaron, de repente, a merced de los ojos de los demás, todas las intimidades salieron a la luz, cuando tenían derecho a quedar resguardadas. Pero, ¿cómo podemos hablarle a la Tierra de derechos?

Tal vez, ella está marcando las trayectorias por donde necesita desplazar su energía y enviándonos señales relativas a aquellos lugares que necesita para sí misma. Tal vez, pero, sólo tal vez, nos ha hablado varias veces: en el 32, en el 41, en el 73, pero no nos queremos dar por enterados.

IV

¿Se dieron cuenta de que después del sismo todos modificamos nuestra manera de relacionarnos con los demás? Al parecer la impotencia y el miedo nos volvieron solidarios y comunicativos con los demás: familiares, vecinos, amigos, compañeros de trabajo y hasta algunas personas que hemos visto pasar frente a nuestra casa por años sin saludar, en esos días posteriores al temblor, se dispusieron igual que nosotros a comentar sobre daños y principalmente sobre los sentimientos compartidos, la mayoría de ellos negativos. Sin embargo, como telón de fondo se percibía un interés profundamente humano, una

♦♦♦

forma de amor por los otros, una necesidad de estar cerca, de unirse frente a la fuerza imprevisible y avasalladora de los movimientos de la Tierra.

Ojalá que este sentimiento subyacente permanezca en nosotros y nos permita ayudar a nuestros hermanos en desgracia, bien sea desde el corazón, con palabras estimulantes y oraciones o bien con recursos materiales; aunque quizá lo que más necesiten en estos momentos es sentir la fuerza y el apoyo solidario de quienes los 9rodean. Abramos nuestro corazón para infundirles esperanza. ♦



